

ROUSSEAU Y LA NATURALEZA VEGETAL: UNA PROPUESTA DE MORAL ESTÉTICA

Fernando Calderón Quindós

Resumen: Rousseau se dedicó a la botánica desde su estancia en Môtiers en 1762 hasta su muerte en el mes de julio de 1778. Este trabajo no pretende revisar el itinerario biográfico que condujo al filósofo ginebrino a la botánica, y tampoco tiene por objeto exponer las distintas razones que lo mantuvieron alejado del estudio de esta ciencia durante algo más de cincuenta años. Al contrario, su propósito es menos biográfico y más filosófico, ya que se trata de entender la afición botánica de Rousseau a la luz de las preocupaciones ambientales contemporáneas. Creo que tanto su tarea herborizadora como sus escritos botánicos exceden los dominios propiamente científicos y se convierten en expresión de una moral ecológica en la que subyacen motivaciones estéticas y gnoseológicas.

1. LA APUESTA POR LINNEO

En el último cuarto del siglo XVIII Linneo era ya el botánico más reputado de Europa y, con excepción de Adanson, ningún otro profesional de esta disciplina parecía mostrarse indiferente a sus investigaciones. Sin embargo, su celebridad molestaba a las “envidias nacionales”¹, y el miedo a perder la reputación impedía que el sistema y la nomenclatura del genio de Upsala fueran adoptadas por toda la comunidad científica. Ésta era la opinión de Rousseau y, a su juicio, una de las razones de que la botánica apenas hubiera progresado después de “trescientos años de estudios y de observaciones”². Si bien la negativa a reconocer los logros ajenos y a utilizar los mismos nombres para designar las mismas plantas no había impedido que hubieran sido

¹ Jean Jacques ROUSSEAU, *Fragments pour un dictionnaire de botanique*, en *Obras completas* (en adelante OC, vol. I, 1959; vol. IV, 1969), París, Biblioteca de la Pléiade, IV, p. 1207 (traducción nuestra).

² *Ibidem*, p. 1209 (traducción nuestra).

muchos los “conocimientos acumulados por todos los sabios”³, la botánica apenas había experimentado progreso alguno. Rousseau indicó la paradoja, denunció el desacuerdo, y expresó la conveniencia de adoptar una única nomenclatura: “Hay que elegir entre M. Linneo y M. Adanson [...] y arrojar al fuego todos los libros de uno o de otro”⁴. Desde luego, Rousseau sabía muy bien que la disputa por la hegemonía de la botánica no era cosa de dos autores, pero la disyuntiva planteada entre Linneo y Adanson tenía un valor retórico inigualable, ya que expresaba mejor que ninguna otra fórmula la urgencia de llegar a un acuerdo. De no elegir, la botánica seguiría sufriendo su particular naufragio en el océano de las nomenclaturas y, como muy bien ha indicado Drouin⁵, Rousseau deseaba que ese barullo de “conocimientos acumulados” se constituyera por fin en un “saber acumulativo”.

Pero el compromiso de Rousseau con la botánica no se detuvo aquí. Además se atrevió a indicar la opción que consideraba más favorable a los intereses de esta ciencia. Goethe asegura en *La metamorfosis de las plantas* que Linneo se impuso gracias a la gallardía intelectual de algunos pensadores capaces de juzgar su obra sin prejuicios⁶; Rousseau fue uno de esos pensadores. Prueba de ello es el siguiente pasaje extraído de su *Introducción al Diccionario de botánica*: “No es que esta nomenclatura linneana no tenga sus defectos, pero en espera de que se encuentre una más perfecta a la que nada le falte, vale cien veces más adoptar ésta que no tener ninguna”⁷. Las grandes virtudes de la nomenclatura propuesta por Linneo eran su sencillez y brevedad, virtudes que facilitaban considerablemente la memorización de los nombres de las plantas, y que Rousseau aplaudía por su extraordinario valor pedagógico. No era para menos, pues hasta entonces los botánicos habían acudido a largas descripciones (*diagnosis*) en latín, tan poco cómodas como difíciles de memorizar. El propio Rousseau las comparaba con “evocaciones mágicas”⁸, y no debía de ser sólo porque el fárrago de palabras en latín fuera común a sendas expresiones. Al igual que los hechizos, las descripciones botánicas eran tan enrevesadas y oscuras que parecían formar parte de un saber arcano comunicado con las mayores precauciones y sólo entre una suerte de elegidos. Siendo así, no es raro que Rousseau viera en la obra de Linneo un elucidario de la tradición botánica y un “proyecto de refundación general”⁹ de esta ciencia tan necesario y urgente como difícil de acometer con éxito. En todo caso, el sentido común debía imponerse, y Rousseau estaba

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibidem*, p. 1208 (traducción nuestra).

⁵ Cfr. J. M. DROUIN, “De Linneo a Darwin: los viajeros naturalistas”, en M. SERRES (ed.), *Historia de las Ciencias*, Madrid, Cátedra, 1991, pp. 363-379, cita en p. 370.

⁶ Cfr. J. W. GOETHE, *La metamorfosis de las plantas*, trad. de Luis Suárez Delgado, Bilbao, Afinidades, 1994, p. 64.

⁷ Jean Jacques ROUSSEAU, *Fragments pour un dictionnaire de botanique*, OC, IV, p. 1207 (traducción nuestra).

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ibidem*, p. 1205.

convencido de que Linneo era la mejor opción. Por lo demás, el ginebrino ni siquiera subordinaba el éxito del sueco a la aparición ulterior de un sistema más acabado, pues “para operar este cambio, haría falta un autor cuyo crédito hiciera olvidar el de Linneo, y con tal autoridad que Europa entera quisiera someterse una segunda vez, lo que me parece difícil de esperar”¹⁰. Como vemos, Rousseau aventuró un pronóstico que la historia posterior ha confirmado. Linneo, en efecto, es aún el *pigmalión* de la botánica, aunque sobre la enseñanza de esta ciencia habría convenido prestar atención a una última advertencia de nuestro filósofo: que la botánica no debe degenerar en palabrería, que quien sólo sabe nombrar las plantas no sabe nada de ellas.

“Las palabras son arbitrarias”¹¹: ni capturan la esencia de la cosa, ni añaden nada al estado de ésta. Si se quiere, hay nominalismo, pero aquí no se trata de discutir sobre la naturaleza del lenguaje. El asunto es más bien la naturaleza de la ciencia, sobre la que Rousseau hará dos sencillas declaraciones en su *quinta carta* sobre la botánica. La primera es que “[no hay] ningún estudio razonable que no utilice palabras”¹²; la segunda que “no hay un estudio razonable que sólo consista en una ciencia de palabras”¹³. Eso significa que la palabra es un instrumento útil, pero que de ningún modo es el fin en el que se agota el conocimiento; la palabra sirve para comunicar, pero el conocimiento no se adquiere tan sólo familiarizándose con el lenguaje de la ciencia y sabiéndolo emplear de la forma pertinente. Cada ciencia tiene su objeto, y en el caso concreto de la botánica, el objeto es la planta; ella es su prioridad y su punto de partida. Sin objeto del que hablar no hay nada que decir, y una botánica que sólo consistiera en palabras no sería botánica.

La conclusión es obvia, pero no es gratuito enunciarla. Si Rousseau decidió emplear el sentido común para llegar hasta aquí fue porque advirtió en la enseñanza de la botánica un defecto elemental. “Se pretende –dice a Mme. Delessert– que la botánica es sólo una ciencia de palabras que no ejercita sino la memoria y no enseña más que a nombrar las plantas”¹⁴. Eso se parece más a un ejercicio escolástico que a un ensayo de ciencia. Para la hija de Mme. Delessert y para todos “nuestros hijos”, Rousseau propondrá un método de estudio radicalmente opuesto al vigente, y cuya gran virtud consistirá en saber empezar desde el principio: “Antes de enseñarles a nombrar lo que ven, comencemos por enseñarles a ver. Esta ciencia, olvidada en todas las educaciones, debe ser la más importante de la de ellos”¹⁵. Luego el primer contacto con la botánica debe ser una visita a la naturaleza, así como la primera ocupación del botánico debe ser la propia planta. Los bosques son la

¹⁰ *Ibidem*, p. 1208.

¹¹ *Ibidem*, p. 1209.

¹² Jean Jacques ROUSSEAU, *Lettres sur la botanique*, OC, IV, p. 1171 (traducción nuestra).

¹³ *Ibidem* (cursiva nuestra).

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*, p. 1172.

escuela de quien desea aprender la ciencia de Linneo, y Rousseau va a internarse en ellos con este propósito. La que él llama “botánica de gabinete y de jardín”, está demasiado apegada a los “sistemas y métodos”¹⁶ y muy poco a la naturaleza misma. La verdadera botánica se practica en cambio en medio del verdor de los bosques, allí donde la presencia de objetos encantadores convierte la botánica en un estudio también encantador.

2. EL TRABAJO DE “ENSEÑAR A VER”

Como tendremos ocasión de comprobar enseguida, el trabajo de “enseñar a ver” es algo más complicado de lo que podría suponerse, y es que, según Rousseau, la relación con la naturaleza no es adecuada si el hombre no renuncia primero a algunas de sus actitudes más habituales. La primera de ellas constituye un tópico del pensamiento y del lenguaje rousseauianos, y es también un defecto del hombre civil. Se trata del amor propio o de aquello que en el lenguaje común calificaríamos de conducta vanidosa o de jactancia. La petición y la recomendación de Rousseau es que la mirada recupere su inocencia en el universo natural, que la contemplación de lo que aparece inmediatamente ante los ojos agote y colme la experiencia del espectador. Lo que nos está pidiendo es que al ingresar temporalmente en los dominios de la naturaleza, interrumpamos nuestra existencia social con sus vicios para recuperar la inocencia originaria.

La petición es de Rousseau, pero quien nos lo pide en última instancia es la propia naturaleza a través de él. En rigor, Rousseau no es más que su portavoz: la inocencia ininterrumpida de la naturaleza solicita la mediación del hombre natural para no ser agredida por la mirada obscena de los demás hombres. Sólo la mirada inocente puede honrar la inocencia de lo mirado; si no existe esta *complicidad mimética* el desencuentro se vuelve inevitable: la naturaleza desaparece como existencia autónoma y se instrumentaliza. Cuando el resorte de la botánica no está en la propia naturaleza, sino en alguna otra razón ligada a la existencia social, el estudio de las plantas pierde a la vez toda su inocencia y su encanto.

Hay en esta ociosa ocupación un encanto que no se encuentra más que en la plena calma de las pasiones pero que basta por sí solo, en ese caso, para hacer la vida más feliz y dulce; mas no bien se le mezcla un motivo de interés o de vanidad, sea para ocupar puestos o para hacer libros, no bien se quiere aprender tan sólo para instruir y se herboriza tan sólo para convertirse en autor o en profesor, todo este dulce encanto se desvanece, no se ve ya en las plantas más que unos *instrumentos de nuestras pasiones*, no se encuentra ya ningún placer auténtico en su estudio, no se quiere ya saber sino demostrar que se sabe, y en los bosques no se está sino sobre el teatro del mundo, ocupado en el cuidado de hacerse admirar¹⁷.

¹⁶ Jean Jacques ROUSSEAU, *Rêveries*, OC, I, p. 1069.

¹⁷ *Ibidem*.

Según Rousseau, la planta es tanto punto de partida como punto de llegada, principio y fin del verdadero hacer botánico. Buscar en la planta el medio de conquistar el prestigio o la fórmula del éxito social, supone encontrar en ella un valor que no es suyo y negarle de antemano su valor propio. Si la planta es sólo un recurso, la planta es reemplazable, carece del valor de lo singular e irreductible. Pero la conversión del fin en medio, de la planta en recurso, de la razón en pretexto, no puede ser admitida por quien ha sabido ver en la naturaleza un valor objetivo, anterior e independiente de cualquier otro valor. De hecho, el sentido de la botánica parece estribar precisamente en la persecución de ese valor objetivo. Ciertamente su hallazgo va a reportar para Jean Jacques el premio del “placer auténtico”, de una “vida más feliz y dulce”, pero la experiencia subjetiva de ese placer no resultará de haber deshonrado a la naturaleza, sino de haberla honrado a través de la mirada inocente, en la “plena calma de las pasiones”.

El placer que siente el individuo Jean Jacques es la recompensa con que la naturaleza premia a quien la honra. Si, por otra parte, su vivencia parece única, si sólo él logra comunicárnosla, es porque en la mirada de los otros hombres la inocencia está ausente, porque la naturaleza no es a sus ojos sino un medio más para medrar en sociedad. En cuanto a Rousseau, la botánica es menos un oficio o una disciplina que una forma de convivencia con las producciones naturales. No se opone a que esta ciencia se enseñe, pero no admite que la dedicación a ella responda exclusivamente a un desiderátum social. Quien “aprende *tan sólo* para instruir” o “herboriza *tan sólo* para convertirse en autor”, desprecia el valor de la naturaleza, y ni la estudia con placer, ni logra infundir por ella el respeto que merece. Los pasos que da ese hombre anónimo le conducen a la naturaleza, pero las pasiones de su corazón le retienen en la ciudad; se aleja, pero al alejarse estira cada vez más los límites del horizonte donde acaba su mundo, mientras la naturaleza permanece oculta del otro lado. Los bosques, que fueron para la inocencia su suelo natal, son ahora parte del “teatro del mundo” y, por tanto, lugar frecuentado por hipócritas y orgullosos¹⁸. Aunque Rousseau no lo diga, la imagen luminosa del estado de naturaleza está detrás de su denuncia; ella configura el marco conceptual que inspira la crítica del ginebrino.

Educar nuestra mirada para la naturaleza exige pues separarse física y moralmente de la existencia social; exige convertir el acto de alcanzar a pie el

¹⁸ La comparación no deja lugar a dudas, pero se comprende mejor si se conoce el juicio peyorativo que Rousseau tenía de la profesión de comediante. *Lettre à d'Alembert*, OC, V, pp. 72-73: “¿En que consiste el talento del comediante? Es el arte de desfigurarse, de asumir otro carácter en lugar del propio, de parecer diferente de lo que se es, de apasionarse a sangre fría, de decir cosas distintas a las que se piensa con la misma naturalidad que si se pensarán realmente, y de olvidar, en suma, el propio puesto a fuerza de adoptar el ajeno [...] ¿Cuál es, por lo tanto, en el fondo, el espíritu que el comediante recibe de su condición? Una mezcla de bajeza, de falsedad, de orgullo ridículo, de indigno envilecimiento, que le hace apto para toda suerte de personajes, excepto para el más noble de todos, el del hombre que abandona”.

corazón de un bosque o la falda de una montaña en el preludio físico de una actitud moral humilde y respetuosa. Para ello, es necesario dejar de ver en la planta aquello que la planta *no es*, y la planta, en efecto, no es ninguna esperanza o promesa de ascenso social. No es ésta, sin embargo, la única identificación falsa que nuestro filósofo denuncia, ni siquiera aquella en la que más va a insistir. En varias ocasiones, Rousseau demostrará también su disconformidad con el “feo prejuicio”¹⁹ de considerar las plantas como simple materia médica y, una vez más, extraerá la justificación de su denuncia de una evidencia visual negada, sin embargo, por la tradición botánica de Occidente.

Gracias a un tal Dioscórides, gran compilador de recetas, y a sus comentaristas, la medicina se ha adueñado de tal forma de las plantas transformadas en simples, que *no se ve en ellas más que lo que no se ve*, o sea las pretendidas virtudes que place a un tercero o a un cuarto atribuirles²⁰.

En el fondo, Rousseau parece adherirse a alguna forma de objetivismo realista, parece querer decirnos que su exploración visual de la planta concluye exitosamente en el hallazgo de su ser auténtico. Sólo así logra entenderse su repudio a la botánica médica. Ésta renuncia a la observación cuidadosa y paciente, y adopta en su lugar una rutina transformadora que altera el ser del objeto elegido. Al transformar la planta en simple, al hacer de ella lo que no es, la botánica anula su verdadero objeto de estudio y lo sustituye por otro que ya no es competencia suya, sino de la medicina o de la farmacia. La asunción implícita del objetivismo proporciona a Rousseau la justificación filosófica que necesita para oponerse razonablemente a dieciocho siglos de ciencia botánica, pero también para dar la bienvenida a Linneo, quien “ha sacado un poco la botánica de las escuelas de farmacia para devolverla a la historia natural”²¹. La refundación de la botánica, de la que Rousseau hace responsable a su ilustre contemporáneo, comienza con la rehabilitación del objeto que le corresponde. La planta, en efecto, pierde a los ojos de Linneo su papel de guardián de virtudes medicinales, y aparece en cambio ella misma como el verdadero tesoro que hay que descubrir.

La botánica y la farmacia son así para Rousseau ciencias que se ocupan inicialmente de un mismo objeto, con la diferencia de que si bien la primera conforma su actividad a la naturaleza de aquél, la segunda invierte la relación y conforma el objeto a los intereses de su actividad. Una respeta la integridad de la planta; la otra la viola sistemáticamente, la destruye para poder iniciar su tarea. De las dos, sólo la botánica es inocente, por eso Jean Jacques va a elegirse a sí mismo como ejemplo del verdadero botánico: porque él también es inocente. “Soy observador y no moralista. Soy el botánico que describe la planta. Al médico corresponde regular su uso”²². Sin el menor títu-

¹⁹ Jean Jacques ROUSSEAU, *Rêveries*, OC, I, p. 1073

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Ibidem*.

²² Jean Jacques ROUSSEAU, *Mon portrait*, OC, I, p. 1120.

beo, con la osadía propia de quien se cree en posesión de una verdad, Rousseau excluirá lo útil de la ciencia de la que se ocupa.

El arte de estudiar las plantas por la combinación de los mixtos que componen su sustancia, el arte de determinar en ellas las virtudes medicinales verdaderas o falsas, ora por la experiencia y la investigación siempre imperfecta y equivocada, ora por el análisis químico aún más defectuoso, no tiene nada que ver con la botánica²³.

El hecho de que los textos botánicos de Rousseau permanecieran inéditos durante su vida evitó quizás un nuevo enfrentamiento con los científicos ilustrados, quienes no parece que hubieran estado dispuestos a renunciar a sus planteamientos utilitaristas. Como las otras ciencias, la botánica debía prestar su servicio al progreso, y resignarse a apartar de ella su dimensión práctica habría significado un flaco favor al ambicioso programa ilustrado. En favor de la hipótesis del enfrentamiento juega una creencia de Rousseau cuyo origen se hunde tal vez en un recuerdo de su juventud. Por sorprendente que resulte, Rousseau no está de acuerdo en adjudicar a las plantas propiedades curativas; no cree que las tengan. De lo contrario, dice en el *séptimo paseo*, sería “pura malicia de los enfermos el continuar estándolo; porque de tantas enfermedades como los hombres se otorgan, no hay una sola que no curen radicalmente veinte clases de hierbas”²⁴.

El presupuesto objetivista había servido a Rousseau para desautorizar casi dos milenios de tradición botánica, pero no para negar los presuntos hallazgos de dicha tradición. Un presupuesto subjetivo, su propia incredulidad, le permitirá extender su crítica hasta este punto. Para nuestro autor, la botánica no sólo ha anulado su verdadero objeto de estudio, sino que ha fracasado además en su tentativa de sustituirlo, ya que las propiedades curativas que Dioscórides y sus émulos aseguran extraer del tratamiento químico de las plantas no son más que falsas promesas sostenidas por la ignorancia y el prejuicio. Rousseau no se deja engañar, y antes que depositar su confianza en “la autoridad de los hombres, que son mentirosos”, extraerá su juicio de “la observación de la naturaleza, que no miente y que nada nos dice de todo eso”²⁵. Una vez más, lo decisivo está en lo que los ojos de Jean Jacques logran ver, o lo que es *aproximadamente* lo mismo: en lo que la naturaleza muestra a los ojos de nuestro observador. “Nunca –dice– se me ha ocurrido buscar en [el reino vegetal] drogas y remedios. *Nada veo* en sus diversas producciones que me indique un uso semejante”²⁶.

Rousseau parece tener la impresión de que la naturaleza acaba allí donde su mirada se detiene, que el punto que señala el límite del horizonte del observador coincide con el límite de la naturaleza. De ahí quizás que la bús-

²³ Jean Jacques ROUSSEAU, *Fragments de botanique*, OC, IV, p. 1249

²⁴ Jean Jacques ROUSSEAU, *Rêveries*, OC, I, p. 1065.

²⁵ *Ibidem*, p. 1064.

²⁶ *Ibidem*, p. 1065 (cursiva nuestra).

queda de drogas y remedios ni siquiera le haya tentado, porque sus ojos no logran percibir esta realidad. Ahora bien, ¿significa esto que debamos abdicar de cualquier género de búsqueda?; ¿significa esto que debamos conformarnos únicamente con lo percibido a “simple vista”? Las rutinas botánicas de Rousseau lo niegan, salvan una búsqueda, permiten una excepción. La excepción salvada es aquélla que no transgrede el objeto percibido, aquélla que no exige como punto de partida la destrucción de la planta, sino que se fija en la planta misma para descubrir en ella las “partes esenciales” que componen su estructura. Y puesto que la simple vista no es suficiente para ello –menos aún la de un hombre senil– el anciano Jean Jacques va a proporcionarse los “instrumentos que las vuelven visibles”²⁷, la lupa y el microscopio.

Rousseau, en efecto, herboriza “lupa en mano”, pero su costumbre de tenderse sobre la hierba para examinar las plantas con ayuda de este instrumento está conforme con la inocencia prescrita por él mismo. La lupa asiste al observador inocente, es la transparencia cristalina cuya curvatura logra extender la línea de visión hasta acercarla al *límite ontológico* de la planta. El aumento que proporciona la lupa suple las carencias de la vista y, en consecuencia, permite completar el conocimiento del objeto observado. Indudablemente, la lupa enriquece la experiencia ocular, pero lo más importante para Rousseau es que la planta no es agredida por el instrumento, que la lupa no provoca en la planta ninguna transformación perceptible. Esto sí ocurre sin embargo cuando el instrumento elegido es un mortero, pues en este caso la planta es sometida a un proceso destructivo o *movimiento reiterado de alteración* que la convierte en algo que no es ella. Aquí hay un producto, y el producto procede de una víctima vegetal. Evidentemente, el resultado de la agresión tiene sus consecuencias visuales, pero a diferencia de aquéllas que se perciben a través de la lupa, éstas son correlativas a un cambio físico. La frágil y complicada estructura de la planta desaparece al ser machacada reiteradamente en el fondo del mortero, y ni siquiera la interrupción del golpeteo logra reparar el daño ocasionado. El retorno al estado inicial, que el observador consigue fácilmente con sólo retirar la lupa, no es posible en este segundo caso. La razón es simple: si la lupa aumenta sólo aparentemente el tamaño objetivo de la planta, el mortero provoca la destrucción real de toda su estructura.

Pero aún hay otro instrumento ingeniado para volver visible lo que por su pequeñez no logra verse a simple vista. Se trata del microscopio. Rousseau quiso tener el suyo, y en diciembre de 1764 emprendió las diligencias para su adquisición. En su orden fue bastante preciso: quería “un microscopio con un campo suficiente para contemplar el pistilo y los estambres de una flor pequeña”²⁸. El microscopio y la lupa desempeñan la misma función, pero uno va más allá que el otro: la lupa es un sencillo disco de cristal curvado que

²⁷ *Ibidem*, p. 1069.

²⁸ B. GAGNEBIN, «Rousseau et la botanique», prólogo a *Lettres sur la botanique*, p. XII.

empuja la vista allí donde la vista no llega por sí sola; el microscopio es una sofisticada combinación de lentes que releva a la lupa en la aventura visual de conquistar el paraíso interior de la planta. La única diferencia es la capacidad de aumento. Sin embargo, el uso del microscopio recuerda algunas rutinas botánicas que quizás hagan dudar de la inocencia del observador.

Para examinar una muestra vegetal a través del microscopio es necesario haberla arrancado previamente del suelo. Esta rutina parece respetar la integridad estructural de la planta, pero el simple acto de arrancarla podría entenderse como una verdadera agresión si, como el animal, también la planta resulta ser un ser sensible. Está condición parece ociosa hoy en día, pero estaba muy lejos de serlo en el siglo XVIII, en el que intelectuales de la talla de Diderot o de La Mettrie pretendían haber demostrado nada menos que la capacidad de experimentar sensaciones es una propiedad universal de la materia²⁹. Rousseau no lo creerá así, lo que salvará su inocencia al menos provisionalmente. La voz *vegetal* de su *Diccionario de botánica* representa, de hecho, una toma de postura contra los atrevimientos especulativos de sus contemporáneos. Un vegetal, dice, es “un cuerpo organizado dotado de vida y privado de sentimiento”, y en una alusión explícita a la “nueva física” añade: “He visto a menudo un árbol muerto que había visto antes lleno de vida, pero la muerte de una piedra es una idea que no podría entrar en mi espíritu. Veo un sentimiento exquisito en mi perro, pero no percibo ninguno en una col”³⁰. Rousseau se coloca a medio camino entre la física cartesiana y la especulación diderotiana³¹. Para él, la planta no es un ser sensible; ni las plantas ni las piedras lo son. La planta es a menudo frágil, eso sí, pero la fragilidad no es en este caso sinónimo de sensibilidad. La planta no sufre cuando las tijeras del botánico cortan su tallo, tampoco cuando el herborista machaca sus formas en el fondo de un mortero. Desde el punto de vista de la sensibilidad sendas rutinas son igualmente inocuas y ninguna de ellas puede ser censurada. Sin embargo, el botánico que recoge una a una y cuidadosamente las plantas que llaman su atención, respeta de ellas la estructura que las distingue, mientras el herborista las arranca a manojo y las machaca acto seguido en un atentado a la fragilidad de su ser. Aquél, el propio Jean Jacques, detiene y descansa su mirada en la naturaleza; éste, el herborista anó-

²⁹ Cfr. J. MOSCOSO, *Materialismo y religión*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2000, pp. 114-115.

³⁰ Jean Jacques ROUSSEAU, *Fragments pour un dictionnaire de botanique*, OC, IV, pp. 1245-1246 (traducción nuestra).

³¹ En *Émile*, OC, IV, p. 575 se lee: “He hecho todos los esfuerzos de que soy capaz para concebir una molécula viviente, sin poder lograrlo. La idea de la materia sintiente sin tener sentidos me parece ininteligible y contradictoria; para adoptar o rechazar esa idea habría que empezar por comprenderla, y confieso que yo no tengo esa suerte”. También en p. 584: “Me parece que, lejos de decir que las rocas piensan, la filosofía moderna ha descubierto por el contrario que los hombres no piensan. En la naturaleza no admite más que seres sensitivos, y toda la diferencia que encuentra entre un hombre y una piedra es que el hombre es un ser sensitivo que tiene sensaciones y la piedra un ser sensitivo que no las tiene. Pero, si es cierto que toda materia siente, ¿dónde concebiría yo la unidad sensitiva o el *yo* individual?”.

nimo, mira la naturaleza con desdén, y al no encontrar en ella el objeto de su deseo, lo busca desesperadamente en su destrucción. Del herborista puede decirse en particular lo que en el *Emilio* se dice del hombre en general: que “no quiere nada tal como lo ha hecho la naturaleza”³².

Ahora bien, el estudio morfológico de la planta a través del microscopio recuerda aún otra rutina cuya inocencia no es menos dudosa que la anterior. Para familiarizarse con el ser de la planta no basta con hacer resbalar sobre ella una mirada superficial. Hay que dejar a la vista su paisaje interior, proporcionarse un medio para que la excursión visual avance hasta el punto más alejado de la planta, hasta aquel lugar al que hemos llamado su límite ontológico. Y ese medio no está en los ojos, sino en las manos. La actividad visual no puede intervenir físicamente sobre la planta. Deben ser las manos las que con ayuda de unas pinzas nos ayuden a separar, dividir y dejar al descubierto las partes ocultas que la forman. Penetrar en los diferentes niveles de observación de la planta exige como paso previo la exfoliación de ésta en sus partes constitutivas. Rousseau confesó haberlo hecho y, sin embargo, nunca creyó estar deshonrando a la naturaleza. A pesar de ello, sintió la necesidad de justificarse, aunque no es fácil saber ante quién.

En estos bosques majestuosos que coronan las montañas, en estas frescas umbrías que bordean los arroyos de los valles, otros buscan drogas. Los farmacéuticos no ven en el rico esmalte de las praderas sino hierbas para lavativas. En buena hora si la vida humana gana, si los hombres se encuentran mejor y viven más tiempo. Yo, en cambio, veo objetos dignos de admiración que me transportan, que me hacen respetar la organización que los produce. Si yo fuese a arrancar, a triturar, a apilar estas rosas, esta reseda, esta *Eufrasia* en un mortero, destruiría entonces estas ramas elegantes, esta hermosa hoja, lastimaría el tejido brillante y delicado de estas flores. No, yo contemplaré, recolectaré, arrancaré, dividiré y anatomizaré, puede ser, pero no llegaré hasta el punto de ser la mano estúpida y brutal que apile y desmenuce las frágiles bellezas que admiro³³.

Jean Jacques pide que su actividad botánica se distinga de la de los farmacéuticos, y por un procedimiento que ya nos es habitual, expresa esta distinción apelando a su propia mirada. Menos común es la elección del contraste, que ya no se centra esta vez en los ojos ajenos, sino en las manos: a “la mano estúpida y brutal” del otro opone de sí mismo su mirada admirada y respetuosa. Sin embargo, y a pesar de que Rousseau arrastra nuestra atención hacia sus ojos, son sus manos las que recolectan, arrancan, dividen y anatomizan; los ojos tan sólo contemplan. Siendo así, ¿queda entonces lugar para la justificación? Rousseau cree que sí. Si el fin es contemplar –parece querer decirnos– el medio está justificado, y las manos de Jean Jacques recolectan, arrancan, dividen y anatomizan para que sus ojos puedan gozarse en la contemplación de las plantas.

³² Jean Jacques ROUSSEAU, *Émile*, OC, IV, p. 245.

³³ Jean Jacques ROUSSEAU, *Fragments de botanique*, OC, IV, p. 1254

3. LA BELLEZA VEGETAL COMO CRITERIO MORAL

Cinco verbos sirven al ginebrino para describir sumariamente y con cierto orden la secuencia de los actos que componen su actividad botánica. De éstos, el primero es contemplar, pero los actos sucesivos que vienen a continuación no relegan el acto inaugural. Al contrario: la contemplación trasciende el orden impuesto por la secuencia, y se sitúa en cada uno de los actos subsiguientes. Ella es la razón que los explica, el principio justificativo que los convierte en actos pertinentes de la actividad botánica. La servidumbre de las manos justifica la participación de éstas. Más aún, sin ellas los ojos deberían renunciar a una parte significativa de las plantas, y Rousseau quiere que sus ojos “se recreen, que las observen, que las agoten, que se sacien de ellas si es posible”³⁴. El recurso anafórico es revelador, ya que indica el deseo consciente de apropiación visual de la planta, de reconocimiento y conquista de su límite ontológico. Las manos van a favorecer el cumplimiento del deseo dejando la planta al desnudo; los ojos van a aprovecharse del trabajo de las manos para consumir ese deseo “si es posible”. Y en esta tarea, el microscopio ejerce la función de contemplatorio, de lugar idóneo desde el que los ojos de Jean Jacques pretenden capturar la realidad fragmentada de la planta.

Se dirá, no obstante, que en las palabras de nuestro filósofo se percibe un fondo de culpa, que el recuerdo de los actos que conducen a la destrucción consigue inquietar el sentimiento de su inocencia. Esta inquietud es, sin embargo, pasajera, ya que concluye tan pronto como el recuerdo del fin restituye la condición de medio que Rousseau consigna a dichos actos. Ahora bien, ¿no hace lo mismo el botánico común? ¿No concibe también él sus propios actos destructivos como simples medios subordinados a la consecución de un fin? De hecho, es su mismo contradictor quien nos suministra la prueba, es el propio Jean Jacques quien nos dice que “otros buscan drogas”. Entonces, ¿por qué apostrofa la actividad de estos “otros”? Porque, según él, lo que decide la inocencia del sujeto no es la instrumentalización de los actos destructivos, sino la naturaleza del fin que se persigue: el fin de Rousseau es “una contemplación pura y desinteresada”³⁵; el de los otros es una utilidad sin contemplación, un deseo de transmutar las plantas en simples productos de apotecario. Rousseau parece consentir inicialmente, pero lo que hace más bien es desmarcarse de los farmacéuticos para poder oponerse mejor a ellos. Sólo después de haber afirmado lo que le distingue se decide a arremeter con dureza y sin reservas.

Conviene matizar no obstante que la denuncia rousseauiana del utilitarismo farmacológico no es absoluta. Alargar y mejorar la vida de los hombres es un fin legítimo, o lo sería al menos si las plantas contuvieran efectivamente virtudes medicinales. Lo denunciado está menos en la elección de este fin

³⁴ Jean Jacques ROUSSEAU, *Fragments de botanique*, OC, IV, p. 1254 (traducción nuestra).

³⁵ Jean Jacques ROUSSEAU, *Rêveries*, OC, I, p. 1065.

concreto que en su exclusividad, cuando en el “rico esmalte de las praderas” no se ve “sino hierbas para lavativas”. El dueño de esa mano estúpida y brutal al que Rousseau acusa es también el dueño de una mirada burda y grosera que sólo ve en la naturaleza un recurso, un medio al que recurre para atender a un fin.

Procederes de esta índole que *siempre lo remiten todo al interés material*, que por doquier hacen buscar provecho o remedios, y que harían considerar con *indiferencia toda la naturaleza si nos encontráramos siempre bien*, no han sido nunca los míos. En este punto, me siento a contracorriente de los demás hombres³⁶.

El estado hipotético que Rousseau insinúa en este pasaje pone más aún de manifiesto la diferencia entre los otros y él. En efecto: si hubiera otro lugar del que extraer los “remedios”, o si estos remedios no fueran necesarios porque la especie humana gozara del don de la inmortalidad y de un vigor inquebrantable, los “demás hombres”, aquéllos que entonces serían inmortales y robustos, apenas detendrían sus ojos en la naturaleza; en cuanto a Rousseau, si también él formara parte de esa nueva edad de oro, su mirada seguiría siendo la misma, igual de inocente y de fascinada que antes de mudar de condición. Un Jean Jacques que se encontrara “siempre bien” conservaría la mirada del Jean Jacques enfermo. No es su condición enfermiza la que le hace tomar interés por la naturaleza, sino su alma. Su cuerpo no interviene.

La hipótesis arroja una importante consecuencia: la de que hay un interés en la naturaleza independiente de nuestra condición sensible y caduca, independiente de aquello que Rousseau identifica con el “sentimiento de mis necesidades” o el “interés de mi cuerpo”³⁷. Nadie mejor que el ginebrino habría estado excusado de buscar remedios en las plantas y, sin embargo, decidió no hacerlo. Decisión inédita según él mismo que lo pondrá de espaldas a todos sus contemporáneos. No en vano, él se considera el hombre de la naturaleza, el hombre sin el que los demás hombres no sabrían comprenderse de forma cabal. “Cada uno necesita conocerse y conocer a otro, y ese otro será yo”³⁸, escribe con pleno convencimiento. Rousseau se ha elegido a sí mismo como “elemento de comparación”³⁹ y, por tanto, como ejemplo de la clase de relaciones que el hombre debería establecer con la naturaleza. Su condición de enfermo crónico contribuye a hacer creíble el papel para el que se ofrece. Declara y asume su compromiso a pesar de su enfermedad, aun cuando su dolor hubiera justificado la adopción de una actitud interesada. Fiel a sí mismo tanto como a la naturaleza, se niega a ver en esta última un depósito de virtudes medicinales; más aún: remonta la causa de su incredulidad a la propia naturaleza, que no muestra a sus ojos ninguna señal favorable al uso

³⁶ Jean Jacques ROUSSEAU, *Rêveries*, OC, I, p. 1065.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ Jean Jacques ROUSSEAU, *Ébauches des Confessions*, OC, I, p. 1149.

³⁹ *Ibidem*.

que de ella hacen los hombres. “De habérselo prescrito –concluye–, ella nos habría señalado la opción, como hizo con los comestibles”⁴⁰. Una vez más, Rousseau pone su juicio en sus ojos, como si fuera posible extraer toda una moral de nuestras percepciones visuales. La naturaleza proporciona los objetos que impresionan nuestra vista y nosotros debemos limitarnos a que nuestras impresiones llenen nuestra moral de contenido. Esta es la moral sensitiva del hombre natural; una moral heterónoma porque es la naturaleza la que prescribe y prohíbe y el hombre el que asiente o reniega, pero una moral también hedonista porque el placer es una consecuencia inmediata de nuestro asentimiento, como lo es el desagrado de nuestra oposición.

Aquel compromiso no exige pues demasiado; tan sólo el deber de mantenerlo, de ahí que Rousseau lo asuma con facilidad. Y sin embargo, los demás hombres reniegan de ese placer inocente cuya consecución no cuesta nada; renuncian a la moral sensitiva y la sustituyen por una moral basada exclusivamente en el “interés material”. Rousseau se opone, y no sólo porque esta moral deshonra la naturaleza. Además resta atractivo a la botánica. “Estas ideas medicinales no son seguramente nada idóneas para hacer agradable el estudio de la botánica, ajan el esmalte de los prados, el esplendor de las flores, agostan el frescor del bosque, hacen insípidos y desagradables el verdor y los follajes”⁴¹. Cuando la botánica se confunde con la farmacia, la naturaleza aparece marchita a pesar de su “esmalte”, lánguida a pesar de su “esplendor”. Esto no le ocurre a nuestro botánico: “Toda esta farmacia –dice– no enturbia en absoluto mis imágenes campestres; nada más alejado de eso que las tisanas y los emplastos”⁴². El farmacéutico y Jean Jacques obtienen de la naturaleza imágenes totalmente distintas. Uno ve en ella un almacén de fármacos y el otro una prodigiosa diversidad de objetos encantadores; aquél ve un paisaje deslucido y lánguido donde Jean Jacques ve un paisaje reluciente y luminoso. La explicación de esta diferencia no puede estar en el objeto, que es el mismo para ambos, sino en la procedencia de las imágenes: el farmacéutico extrae sus imágenes del prejuicio y las *dirige* luego sobre la naturaleza; Rousseau *extrae* las suyas directamente de la naturaleza. Y puesto que las imágenes son distintas tanto en su contenido como en su origen, el sentimiento de la naturaleza también debe ser distinto. “Siento incluso –concluye Rousseau– que el placer que obtengo recorriendo las florestas sería emponzoñado por el sentimiento de las dolencias humanas si me permitiera pensar en la fiebre, en la piedra, en la gota y en el mal caduco”⁴³.

Entre la salud de su alma y la de su cuerpo, Rousseau va a elegir la salud de su alma; entre la naturaleza y él mismo como ser doliente, Rousseau va a elegir la naturaleza. Sólo mediante esta exclusión puede quedar a salvo la

⁴⁰ Jean Jacques ROUSSEAU, *Rêveries*, OC, I, p. 1065.

⁴¹ *Ibidem*.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ *Ibidem*.

pureza del placer, y esto es justamente lo que el farmacéutico no hace. Este invierte la preferencia: se elige a sí mismo antes que a la naturaleza, y al cuerpo antes que al alma. Obviamente, el farmacéutico es aquél cuyo oficio es la farmacia, pero Rousseau critica mucho menos este oficio concreto que la moral que exhibe. La protesta se dirige en general a todo aquél que entre una trivial pretensión utilitarista y una contemplación pura y desinteresada, elegiría siempre lo primero con exclusión de lo segundo. Empleamos aquí el modo potencial porque el hombre ni siquiera parece entender que su elección es excluyente, o esa es al menos la opinión del ginebrino: “No se concibe –anota en el *séptimo paseo*– que la organización vegetal pueda merecer por sí misma cierta atención”. El acusado es el hombre en general. La única excepción la representa el hombre que acusa, y ese hombre es Jean Jacques. Sólo él parece haber entendido que la planta abriga un valor en tanto que planta, que la disposición y el funcionamiento de los órganos que la hacen vivir de cierta forma específica son de suyo interesantes. No es que se oponga a cualquier fin práctico, pero no puede aceptar que lo útil pretenda acaparar todo el interés de la naturaleza. “El ornato de la tierra, este ornato a la vez soberbio y risueño, ¿no merece por sí mismo ninguna de nuestras miradas? Estos colores, estos olores, estas figuras elegantes y variadas, ¿fueron dadas a la planta sólo para machacarlas en un mortero?” Rousseau no tardará en responderse: “estas figuras, estos colores, esta simetría no han sido puestas aquí para nada”⁴⁴.

Hay una finalidad, una intención original en el responsable de su creación. La exquisita laboriosidad que se aprecia en las plantas debe obedecer a un fin, y a Rousseau no le parece razonable que ese fin se encuentre más allá de las plantas mismas. No admite la existencia de lo superfluo en las criaturas vegetales. Los valores plásticos que advierte en ellas responden innegablemente a un fin, y tal fin no puede ser su anulación inmediata. En uno de sus fragmentos de botánica, nuestro filósofo califica el “ornato de la tierra” de “arte divino”, y reconoce un “gusto exquisito” en el “obrero que fabricó el vestido de la madre común”⁴⁵. La naturaleza vegetal es la obra de arte y Dios el artista, luego el hombre debe ser el espectador. La contemplación, en efecto, es la única forma de interesarse en las plantas sin miras a otro fin, la única actividad que parece concordar con la intención original del Creador. El deísmo hace acto de presencia en la respuesta de Jean Jacques, aunque de una forma enteramente nueva y renovada. La belleza y el orden de la naturaleza no son empleadas esta vez como prueba de que Dios existe, sino como prueba de una intención divina que el hombre debe agradecer y respetar. Dios ha ideado la belleza para obsequiar al hombre con el sentimiento de lo bello, y el hombre debe corresponder dejando que ese sentimiento le invada. Rousseau contradice a Saint-Preux, para quien “sólo es bello lo que no es”⁴⁶, y

⁴⁴ Jean Jacques ROUSSEAU, *Fragments de botanique*, OC, IV, p. 1251 (traducción nuestra).

⁴⁵ *Ibidem*, p. 1254.

⁴⁶ Jean Jacques ROUSSEAU, *La nouvelle Héloïse*, OC, II, p. 608 (traducción nuestra).

coloca la belleza en la realidad indudable de la naturaleza vegetal. La experiencia estética del hombre queda así involucrada en la actividad creadora de Dios.

Kant definió lo bello como una "finalidad sin fin utilitarista"⁴⁷. Rousseau no tuvo la misma precisión conceptual⁴⁸, pero su experiencia estética constituye un ejemplo admirable de lo que el filósofo alemán expresó con tanta fortuna. En Rousseau, en efecto, la contemplación se toma a sí misma como fin, ella es de sí misma su causa eficiente y su causa final. No tiene mezcla ni impureza; no tiene ni pretende otro fin que su propia duración. Si, también según Kant, la diferencia entre lo bello y lo agradable es que lo uno *place* y lo otro *deleita*, que el sentimiento de lo bello es tranquilo y desinteresado y el de lo agradable interesado e inquieto⁴⁹, resulta indudable que lo bello fue la preferencia de Rousseau. La posesión del objeto no es aspiración suya, el interés material no existe; la contemplación provoca inmediatamente el olvido de todo lo demás. Mientras sus ojos contemplan, la naturaleza se limita a ser contemplada. Pero si bien es cierto que la contemplación es su propio fin, ello no impide que pueda provocar un interés ulterior. La falta de intencionalidad preserva la experiencia estética, y Rousseau ama la naturaleza sin pretenderlo, como un efecto natural de las miradas que dirige sobre ella. Hay, no obstante, un espacio reservado a la intencionalidad, y es aquél en el que Rousseau nos pide que participemos del amor que él sí logra sentir.

Aprendamos a amar la naturaleza, aprendamos a estudiarla, a conocerla, aprendamos a admirar las bellezas de las que se ha adornado para nosotros, aprendamos a quedarnos entre ella y nosotros y a curarnos de la ociosidad, del fastidio y de ser una carga para nosotros mismos y para los otros. Démonos divertimentos fáciles, inocentes, amables, que nos dispensen de buscar las diversiones ruines, criminales e insensatas. Si el estudio de las plantas purga el alma, ya es bastante para mí, no quiero otra farmacia⁵⁰.

La contemplación pura y desinteresada no indica pues desapego y frialdad afectiva, sino amor por lo contemplado; el desinterés de la experiencia estética provoca interés por el objeto. El sentimiento de lo bello es la causa del amor, y Rousseau nos pide que amemos. En consecuencia, también nosotros podemos sentir lo que Rousseau siente aún con exclusividad. La naturaleza no ha hecho una excepción con el ginebrino. Al contrario, ella "se ha adornado para nosotros", para todos los hombres. Sólo de nosotros depende que

⁴⁷ I. KANT, *Crítica del juicio*, trad. de Manuel García Morente, Madrid, Austral, 1977, p. 136.

⁴⁸ En la voz *fleur* de su *dictionnaire de botanique*, OC, IV, p. 1121, Rousseau reconoció la dificultad de definir la belleza: "Apartemos pues por un momento los vivos colores, los olores suaves, las formas elegantes, para procurar conocer bien el ser organizado que los agrupa. Nada parece en principio más fácil. ¿Quién tiene necesidad de que se le enseñe lo que es una flor? Cuando no se me pregunta lo que es el tiempo, dijo San Agustín, lo sé muy bien; no lo sé ya cuando se me pregunta. Podríamos decir otro tanto de la flor, y quizá de la belleza misma que, al igual que aquélla, es víctima fugaz del tiempo".

⁴⁹ Cfr. I. KANT, *op. cit.*, pp. 102-105.

⁵⁰ Jean Jacques ROUSSEAU, *Fragments de botanique*, OC, IV, p. 1251.

aprendamos a reconocer y a admirar sus bellezas, a amarla conforme al plan ideado por Dios. Y el modo de conseguirlo consiste en impedir que nada se interponga entre la naturaleza y nosotros, entre la inocencia del objeto y la mirada inocente. El hombre debe hacer un alto en su existencia social, deshacerse de sus intereses para centrarse vocacionalmente en el interés exclusivo que ofrece la naturaleza. Para exonerar al alma de las cargas que le oprimen hay que olvidarse del cuerpo, de lo personal, del interés egoísta, de todo aquello que en lugar de acercarnos a la naturaleza nos separa de ella. El estudio de las plantas es algo más que ciencia: es una forma de reconciliación con la naturaleza y con nosotros mismos. Rousseau, en definitiva, no ha concebido una deontología para la botánica, sino una moral para el hombre.